

La fotografía: un acercamiento enunciativo a la semiosis migratoria

Adriana Carolina Benítez Valera
ORCID ID: 0009-0009-2753-6255
adriacarolina11@gmail.com

Universidad de Los Andes
Trujillo – Venezuela

A mis compañeros de viaje universitario:
ANTHONY, MÓNICA, HUGLIMAR Y JOSÉ ÁNGEL...
Aunque ahora transitemos caminos en lugares diferentes.

Recibido: 20-05-2024

Aceptado: 30-08-2024

Resumen

En este trabajo se asume la imagen, más aún, la fotografía, a modo de puente comunicador y unificador de espacios, en función de la semiosis migratoria. Una especie de embrague entre las distancias físicas que se establecen tanto entre el sujeto migrante y su espacio originario, asimismo, entre el sujeto migrante y su mundo primordial. Todo desde la perspectiva ontosemiótica abordando la realidad de un ser patémico y sus circunstancias migratorias en las que se evidencian procesos de simulación, adaptación y reconversión simbólica; lo cual da lugar a una iconicidad migrante. Asumiendo la hermenéutica como base argumental de todo este proceso en el que los discursos se resignifican atendiendo a los hechos intersubjetivos.

Palabras clave: Fotografía, migración, semiosis, reconversión simbólica, Latinoamérica.

Photography: an enunciative approach to migratory semiosis

Abstract

In this work, imagery, and most specifically photograph, is seen as a communicating and unifying bridge of spaces subject to the migratory semiosis. A kind of connection between the physical distances established both between the migrant subject and his/her original space and between the migrant subject and his/her essential world. All this is analyzed from an ontosemiotic perspective addressing the reality of a pathemic being and the migratory circumstances, which demonstrate processes of simulation, adaptation and symbolic reconversion that give rise to a migrant iconicity. Assuming hermeneutics as the argumentative basis of this whole process in which the speeches are resignified according to intersubjective facts.

Keywords: Photograph, migration, semiosis, symbolic conversion, Latinoamérica.

Introducción

Migrar, una palabra sencilla de pronunciar, aunque en los últimos años nos ha dejado un sabor amargo a los habitantes de este país (Venezuela), debido a la ampliamente conocida diáspora protagonizada por muchos de nuestros familiares, amigos y conocidos. Por ello, no quisiera hacer de este trabajo una perspectiva meramente psico-sociológica o de extrema sensibilidad, pero es inevitable hacer mención de este aspecto, pues se desmantelan familias, rompen lazos, distorsionan las costumbres familiares, así como las relaciones afectivas, y esto es innegable.

Es necesario reiterar que el migrante abandona su tierra, familia y zona de confort con la aspiración de solventar sus apuros materiales, alejándose de una situación económica confusa y poco favorable. Lo que hace algún tiempo se denominó “el sueño americano” con respecto a la idealización de los Estados Unidos, hoy se cristaliza en virtud de cualquier país, no solo de Latinoamérica, sino del mundo, donde exista la posibilidad de una mejoría, principalmente económica. Sin embargo, ello también ha acarreado una especie de moda, asumida por muchos migrantes que no lo hacían por necesidad, sino que fueron atraídos por el canto de las sirenas igual que Ulises, en su odisea.

No obstante, presenciamos la implosión indudablemente simbólica que tiene lugar en torno a los movimientos migratorios al constituirse, alrededor de ellos, relaciones de significación como puentes unificadores a pesar de las distancias físicas. De esta manera, la acción comunicativa va a constituirse mediante una serie de recursos enunciativos que configuran espacios semióticos muy particulares; espacios a enriquecerse con el paso del tiempo y la dinámica constituida a partir de las necesidades subjetivas de mantenerse comunicados como una forma de co-presencia o co-pertenencia en diferentes espacios físicos, pero siendo éstos a su vez los mismos escenarios de la representación íntima. Dichos espacios configurados como amalgama enunciativa en torno a un sujeto igualmente enunciante.

Visto a partir de enfoques semiótico-patémicos, y desde cualquier perspectiva, no se puede ocultar que dicho proceso migratorio es realmente difícil y complejo, tanto para quien se va como para quienes se quedan; al respecto, podemos hablar con Cortázar de un “limbo de penumbras”, en el cual, el desplazamiento se hace a tientas, por medio de las tinieblas de lo desconocido. Porque indudablemente el migrante sufre un trasplante de su lugar de origen hacia un terreno que no es el suyo, debe asimilar otras costumbres, desenvolverse en medio de una cultura tal vez no completamente ajena, pero en la que sin duda se siente foráneo, quizá requiera transformar su identidad, su idiosincrasia, para adaptarse al nuevo entorno: un espacio de la incertidumbre.

Ante tal situación, estamos frente al amalgamamiento de realidades mediante los sincretismos propios de la antagonización de espacios diferentes y que en un principio constituyen la ajenidad para quien migra, lo cual supone una acción simbólica compleja y rica en diversidad, que hace de las migraciones, intrincados procesos de acoplamiento referencial para ir siendo aceptado por los lugares de destino o provisión. Hecho que no se logra de inmediato, sino que precisa un tiempo determinado para lograr el apropiamiento, es decir, la construcción de una ciudadanía migrante.

Del acoplamiento referencial a la ciudadanía migrante

Se hace imprescindible puntualizar este acoplamiento referencial como las tensiones y distenciones entre quien migra y el lugar al que migra, que indudablemente amerita fusiones de la cultura originaria y la cultura a asumir como punto de acogida. Dando lugar a sincretismos particulares del sujeto migrante en función al nuevo

espacio que habita, quien se puede considerar como una especie de frontera donde convergen disímiles perspectivas, hablamos de un punto de confluencia de diferentes culturas.

Es importante destacar que nos encontramos ante una nueva concepción de frontera, aquí comprendida dentro de un espacio simbólico dotado de resignificaciones desprendidas del mismo proceso migratorio, generadas por dicha semiosis discursiva donde lo icónico prevalece a manera de agente comunicativo intercultural. Sin dudas, en esto se han convertido los países de acogida, en una implosión de culturas que puede desencadenar la superposición de unas sobre otras mediado por el desplazamiento cultural, o lo que es igual, un amplio proceso de transculturización.

Retomando la cuestión que nos ocupa, sobre este acoplamiento referencial van a circular todas las bases sígnicas sobre las cuales van a estructurarse las mixturas culturales responsables del amalgamamiento de realidades para ofrecer un campo semiótico o base sígnico/simbólica para que el migrante pueda asumir una ciudadanía migrante que le permita lograr desde la colateralidad simbólica los retos impuestos por su condición; al mismo tiempo, sortear los retos implícitos dentro de dicha circunstancia; retos que van desde lo económico, social, histórico, cultural, hasta lo estrictamente personal con los inevitables conflictos de su mundo primordial (entendido éste como las vivencias, sentires y nostalgias que conjugadas forman el basamento inmanente del ser, todos estos hechos cobijados por un espacio eminentemente alegórico trastocado por la subjetividad) y los diversos procesos de adaptación para su posterior reconversión simbólica.

Reconversión simbólica y refiguración significativa

Desde la semiótica, dicha reconversión representa el proceso dinámico de las posibilidades de significación sujetas a la interacción de los planos enunciativos, que en el caso de la migración o de los sujetos migrantes tiene una importancia fundamental, dado el tránsito hacia el acoplamiento referencial, que a su vez, constituye espacios de la representación a modo de bases sígnicas para hacer de la acción comunicativa una forma más eficaz de corporeizar lo enunciado bajo fórmulas proactivas que garanticen las relaciones de intersubjetividad, a decir de Habermas: “es el medio de socialización, por el que las influencias del medio familiar quedan bien filtradas al sistema de la personalidad” (1984, p. 193).

Entonces, dentro de la reconversión simbólica y su figuración como acción comunicativa surge la cotidianidad a manera de mecanismo sustanciador de las relaciones de significación que giran en torno al sujeto; sujeto y experiencia cotidiana, creando tránsitos simbólicos hacia la corporeización enunciativa, aquí, explícitamente migrante, la cual puede seguir siendo respaldada a través de Habermas, ya que:

Esta experiencia cotidiana es *ante todo* relativa al cuerpo y sus órganos; pues el campo de percepción está constituido en términos cinestésicos. Esa experiencia cotidiana está cortada (en términos perspectivistas) al talle de un yo con una experiencia de espacio y tiempo centrada en torno al sujeto. Además, la experiencia cotidiana se forma no sólo cognitivamente, sino en conexión con actitudes afectivas, intenciones e intervenciones prácticas en el mundo objetivo (Ídem. 39). (Resaltado en el original).

Reivindicándose por demás la posición del sujeto migrante con la construcción de figuras simbólicas en su cotidianidad o espacios del acoplamiento referencial que permiten la interacción de lo individual-colectivo, o la corporeización icónica de las relaciones de significación, en las cuales, el cuerpo simbólico asume toda la responsabilidad representacional al fusionar los

diversos elementos intervinientes dentro de esa acción comunicativa cimentada por una corporeidad simbólica.

Entonces, surgen los diferentes procesos de subjetivación para reconvertir las realidades a partir de la iconicidad, o proceso de transfiguración de lógicas de sentido mediante lo significativamente gráfico. Llegados a este punto, es importante señalar que dicha reconversión simbólica está soportada en dos procesos fundamentales: simulación y adaptación.

Simulación

El migrante vive un proceso de simulación, es decir, se transforma adaptándose a un nuevo ambiente. Así como las especies evolucionan de acuerdo a las exigencias del entorno, así el migrante debe adaptarse al nuevo contexto en el que se encuentra inmerso, adquiriendo una especie de camuflaje, una segunda piel que le permita resistir ante nuevas condiciones. Más aún, se debería hablar de un proceso de refundación simbólica a través del enmascaramiento subrepticio adoptado por el migrante en un intento por integrarse al nuevo entorno y no sentirse aislado, en todo caso sentirse resguardado por los espacios enunciativos emergentes; sin duda alguna, una transfiguración caracterizada a su vez por lo ambiguo, pues se trata de algo modificado lo suficiente para ser ya «otra cosa» pero aún sigue siendo lo que era. (Cirlot, 1992, p.299)

Dicho sujeto migrante, requiere, dependiendo del espacio en el que ha sido acogido, adquirir un nuevo dialecto, incluso una nueva entonación de su hablar característico (aunque siga siendo evidente su “acento venezolano”) siente la necesidad de buscar el modo de encajar en ese nuevo entorno y para ello debe intentar todos los medios posibles para pasar desapercibido entre los nuevos individuos con los que convive a diario. Mantener un “bajo perfil” con el propósito de lograr la estabilidad deseada.

Hay que mencionar, además, que la realidad del migrante venezolano en otros países de Latinoamérica se caracteriza por las relaciones interpersonales que pueda establecer. Sus ocupaciones y oficios están basados estrictamente en el trato con el público, generalmente como vendedores, recepcionistas, asistentes de diversas áreas, todas éstas teniendo en común el aspecto comunicativo; por lo cual se hace inminente este hecho de simulación/adaptación al nuevo medio en el que se encuentran inmersos.

Adaptación

A medida que los diferentes planos referenciales convergen alrededor del migrante, opera un doble proceso de significación, representado primeramente por la adaptación del sujeto a las nuevas circunstancialidades enunciativas/simbólicas ofrecidas por la tierra de provisión, y en segundo lugar, por la asimilación del espacio de destino de ese migrante; bajo una ciudadanía híbrida sostenida por la representación de lo originario como base primordial y lo asimilado o forma de sustentación referencial ante la nueva realidad, e indudablemente, a los roles a desempeñar dentro de ella, o más bien, a la transposición de roles producida por su condición de migrante, que nunca dejará de ser una condición indeleble, una especie de impronta, en ese proceso de reconversión simbólica.

Cabe destacar, que dicho proceso de adaptación/asimilación viene dado desde la imposición de roles adquiridos, dadas las circunstancias del migrante, quizá, no en todos los casos es un aspecto negativo, pero, sin duda, ello genera un choque a nivel emocional y psicológico bastante brusco, el cual posibilita el proceso de reconversión simbólica fortalecido por la dinámica a producirse a través del tránsito simbólico y activación de mecanismos de sostenimiento de la ciudadanía migrante.

Todo esto, también depende de las esferas en las que se mueva el sujeto migrante, quizá aquí se hace referencia a la esfera de lo público, denotando un carácter formal de dicho desenvolvimiento, sin embargo, a medida que se adentran en esferas de lo privado y lo íntimo del compartir cotidiano con coterráneos suyos es evidente la preeminencia de su carácter de costumbre, es en estos espacios donde aflora espontáneamente la personalidad con todos los rasgos de su idiosincrasia, sin ningún tipo de represión o abstinencia. Sin duda, son estas esferas migratorias donde se originará la iconicidad migrante a establecerse como puente entre los espacios físicos y los simbólicos.

La iconicidad migrante y la corporeidad simbólica

Importante señalar que esta iconicidad viene dada por los procesos anteriormente descritos y se basa indiscutiblemente en la imagen simbólica/comunicativa portadora de mensajes dentro de la semiosis migratoria. De esta forma, la iconicidad atribuye corporeidad a lo acontecido más allá de las barreras físicas, cronológicas o temporales, al permitir la constante resignificación de la dualidad imagen-cuerpo, pues:

La cuestión de las imágenes demuele las fronteras que delimitan las épocas y las culturas, pues sólo puede encontrar respuestas más allá de esas fronteras [...] El cambio en la experiencia de la imagen expresa también un cambio en la experiencia del cuerpo, por lo que la historia cultural de la imagen se refleja también en una análoga historia cultural del cuerpo. (Belting, 2007, p. 30)

Tal y como lo expresa Belting, la imagen representa esa trascendencia de los planos estrictamente físico-geográficos y los espacios temporales; esas barreras quedan disueltas ante la corporeización de imágenes que van a proyectar la resignificación del discurso simbólico a otros sujetos patémicos a modo de enlace comunicativo. Por ello, se insiste en la iconicidad del migrante como la construcción de corporeidades simbólicas que permiten la reconversión de éste a través del acoplamiento referencial de múltiples elementos donde el sujeto es el lugar mismo para la corporeización de la imagen, dual, polifigurativa que por siempre apela a la memoria sensible (subjetivada) para volcar sus lógicas de sentido, patemizadas que concedan la conciencia de la significación, o conciencia semiótica.

De allí que la identidad, en todas sus dimensiones, sea una identidad icónica que otorga las bases referenciales a los sujetos para proyectarse sobre sí mismo y los otros, al crear espacios de encuentros que van desde lo físico hasta lo estrictamente simbólico, creando 'virtualidades' como analogías de la realidad transc corporal que apela a los mundos primordiales del sujeto para interaccionarlo con las experiencias cotidianas surgidas de los espacios enunciativos a través de la deconstrucción de la imagen como amalgama generadora de significaciones.

Porque indudablemente la historia de la humanidad está circunscrita a la historia de la imagen, en la mimesis creadora y transfiguradora, desde el sentido establecido por Paul Ricoeur (2004), para reforzar de esta forma los acercamientos dentro de las dimensiones por los procesos migratorios, y cuya interpretación puede hacerse a través de un abordaje semiótico que permita, a través de las relaciones de significación, la postulación de la reconversión simbólica a modo de percepción de la iconicidad migrante. Dicha mimesis y su capacidad de transitar entre el texto y la acción humana del sujeto desde las ópticas de la reconversión simbólica, donde no se trata de reproducir lo real sino de reestructurar el mundo a través del discurso y sus reinterpretaciones icónicas.

Puntualmente, sobre la iconicidad migrante, es de vital importancia la repercusión de ésta en el cuerpo, quien pasa a ser el centro enunciativo a través del cual se va a lograr el acoplamiento referencial mediante el en-

carnamiento simbólico, donde:

La encarnación es el sentido más importante de la representación corporal: la llevamos a cabo incluso en nuestro propio cuerpo, al que presentamos como imagen. Puesto que en este sentido el cuerpo es solamente un medio, desempeña el papel que se le ha asignado independientemente de que las imágenes acentúen o no su corporeidad. (Belting, 2007, p. 118)

De allí que la iconicidad corporal instituya todas las referencias enunciativas a producirse con la acción comunicativa que encuentra en el encubrimiento, la máscara y el disfraz las formas más idóneas para revelar mediante la ocultación o trasposición de la imagen los sucesivos reencarnamientos de los sujetos en cuanto a los roles asumidos durante la acción comunicativa.

De esta manera, todo lo que se encuentra inmerso dentro de la dialéctica del sujeto migrante se resignifica, adquiriendo matices que antes ni siquiera se podían vislumbrar. En función de lo anteriormente señalado se centra la atención en la fotografía y la nostalgia como medios vinculantes; prevaleciendo lo icónico o el poder simbólico de la imagen corporeizada en los planos patémicos del ser. Entre tránsitos, fronteras y nostalgias, convergen los rostros y figuras de migrantes con un tejido que pretende evidenciar la semiosis intersubjetiva generadas por las migraciones y su enfoque desde los procesos interculturales.

Con respecto a ello y con especial énfasis a la iconicidad migrante, se hace necesario puntualizarlos a partir de las concepciones de comunicación semiótica, tal como lo hace José Enrique Finol, al ubicar en ese marco histórico y situacional, los procesos semióticos, gracias a los cuales atribuimos significaciones a los mundos reales e imaginarios donde nos desenvolvemos, configuran nuestras múltiples identidades y, correlativamente, configuran las alteridades que son, también, configuraciones semióticas que atribuimos, con mayor o menor precisión, a los otros. Se trata de un proceso dialéctico gracias al cual, desde nuestras identidades, construimos las alteridades y, recíprocamente, desde éstas construimos aquellas. (2016, p. 51)

Indiscutiblemente un proceso interactivo mediado por lo simbólico-cultural donde el sujeto migrante genera procesos de significación en torno a lo icónico derivado de un proceso tan cotidiano como el uso de las fotografías y su conversión a través de la intención comunicante sustentada por la necesidad subjetiva de reencontrarse a través de espacios de la permanente reactualización simbólica que va a constituir identidades migrantes o posibilidades para corporeizar las significaciones y hacerlas más reveladoras y sentidas.

De este modo, podemos inferir la identidad migrante cimentada sobre el acoplamiento referencial que tiene como andamiaje principal la iconicidad por siempre redentora del sujeto, que, en ella, encuentra su propia esencia a compartir con la acción enunciativa, tal y como lo destaca José Lezama al decir:

La imagen es la causa secreta de la historia. El hombre es siempre un prodigio, de ahí que la imagen lo penetre y lo impulse. La hipótesis de la imagen es la posibilidad. Llevamos un tesoro en un vaso de barro como dicen los Evangelios, y ese tesoro es captado por la imagen. (1981, p. 19)

Comprendiendo así la preeminencia de la imagen dentro del proceso comunicativo, en este caso, intersubjetivo, dado por la semiosis migratoria o ente productor y generador de discursos que al concatenarse devela los detalles de una iconicidad migrante corporeizada por la pluralidad sensible establecida por el sujeto consigo mismo y el otro, bajo la referencialidad icónica de la imagen que va a diversificarse por múltiples motivos y circunstancias.

Teniendo en cuenta que esta referencialidad icónica de la imagen origina la mimesis creadora que va

más allá de la simple referencia a la realidad para asentarse en su diversificación mediante la dinámica patémica que la lleva hacia otros planos de la significación, donde ingresa la imaginación como mecanismo generador de nuevos acoplamientos simbólicos, al mismo tiempo, de permitir la aparición de mecanismos sensibilizadores para la interpretación.

De allí que la interpretación también deja los planos estrictamente cognitivos para dar paso a una narrativa simbólica fundamentada por la manifestación afectivo-subjetiva, la cual impregna los procesos de resignificación de una potencialidad que desborda lo crasamente referencial de lo acontecido para constituir la pluralidad sensible de la imagen mucho más simbólica.

La fotografía como puente de la pluralidad sensible

Se parte de la fotografía como puente comunicador, tomando en cuenta que ella es más que una forma simple, la fotografía es la expresión artística que rompe con todos los cánones de estructuración, pues lo artístico está alojado en las posibilidades de interpretación patémica que la dota de significación, y por ende, posee gran poder comunicativo; el cual varía desde el punto de vista que ha sido captada. Puede revelar o no la intención del fotógrafo (quien capta la fotografía sea profesional o no) o solamente expresar la representación de un momento dado. En este sentido, se encuentra inmiscuida dentro de un proceso simbólico complejo, portador de resignificaciones, en este caso sustentador de la semiosis migratoria.

Sobre la base de las consideraciones anteriores, la fotografía, se convierte en semiosis discursiva; más aún, en instrumento generador de semiosis. No sólo son la evidencia de un momento, relatan acontecimientos que pueden ser tan cotidianos como el encuentro de dos conocidos en la calle; pero se convierte en hecho trascendental al ser enviado a un tercero, a otro sujeto que espera, en otra parte del mundo, algún tipo de información que le indique el estado de esos seres en el exterior, o simplemente al ser compartida en una red social, donde va a tener mucha más cabida para la interpretación. Así la imagen, la iconicidad corporeizada con la fotografía, representa la reconversión simbólica que permite conjuntar los diferentes planos enunciativos de la acción comunicativa mediante articulaciones profundamente patémicas que originan renovadas relaciones y construcción de lógicas de sentido.

Además, es preciso abordar el planteamiento hecho por Barthes en *La cámara lúcida* (1990), desde donde hace una serie de afirmaciones muy a lugar en función de este trabajo bajo la consideración del *hecho fotográfico*, señalando que con respecto a la fotografía hay dos características inherentes a ella: *realidad y pasado*. Pues no puedo negar que el hecho (captado en una fotografía) ha sucedido y tampoco puedo negar que ya pasó. Es un estar ahí irrepetible. En palabras de Barthes (1990): “la foto es, literalmente una emanación del referente. De un cuerpo que se encontraba allí, han salido unas radiaciones [de luz] que vienen a impresionarme a mí, que me encuentro aquí” (p.142).

Estas dos particularidades representan, como se dijo antes, una dualidad innegable del hecho fotográfico, pero cada sujeto tiene una concepción distinta de ellas, recordemos que en cuanto a “la realidad” no hay una “realidad real” total, solo se conciben percepciones de ella, las realidades varían dependiendo de las circunstancialidades de cada ser, y sin duda es esta realidad la que se verá captada por medio del lente fotográfico, la realidad que será compartida, corporeizada y subjetivada por esa semiosis migratoria, dando lugar a lo que se ha denominado iconicidad migrante.

Es allí, donde la fotografía ocupa un papel protagonista, develando sentimientos y emociones captadas en una circunstancia determinada, bien sea antes de partir para el migrante, o fotografías que develan el estado actual del mismo en su nuevo lugar, para los que esperan su retorno. Ocurre entonces un proceso de magnificación de los hechos, todo se engrandece y potencia a la distancia, a más de disolverse un vínculo, bien sea amistoso, afectivo o filial, se consolida. La nostalgia opera en este caso como el mecanismo para construir las semiosis del migrante. Quien al final genera codificaciones particularizadas por ese hálito nostálgico que crea entrecruces revitalizadores de la significación, al impregnarlos de la más profunda fuerza y vitalidad patémica.

Ahora bien, en párrafos anteriores se mencionó el hecho “casual” de dos personas que se toman una fotografía en la calle (ver gráfico 1), me voy a valer de dicha fotografía, para ejemplificar lo que Barthes denomina «*studium*» y «*punctum*». Dicho autor afirma que, en una fotografía, o en las fotografías, se pueden evidenciar o distinguir dos temas. El primero lo denomina *studium*, el cual hace referencia a un “interés general” por la fotografía observada, y el segundo denominado *punctum*, que podríamos entender como una “punzada”, ese hecho que captado por la fotografía me mueve interiormente. Ello no es más que la afirmación de una conversión simbólica bajo acoplamientos referenciales que llevan hacia la pluralidad sensible.



La fotografía denominada Gráfico 1, puede representar simplemente (como se mencionó antes) una fotografía de dos personas en la calle; el lector podrá detenerse en aspectos como la vestimenta de dichas personas, el lugar, el encuadre de la foto, la cantidad de luz, entre otros; todas estas características pertenecen al *studium*. Sin embargo, para mí, que conozco a las personas de esa fotografía, representa el encuentro, por cuestiones del azar, de mis dos mejores amigos en Perú, justo antes de que uno de ellos partiera a Chile... A esto se refiere el *punctum*. Además, indudablemente, representa un escenario que ya deja de ser una instancia física determinada, para convertirse en espacio afectivo/subjetivo que implica la reconversión simbólica y consiguiente refiguración significativa, por demás, propiciante de renovadas formas de interpretación generadoras de sentido, muy cercanas a los mundos primordiales del sujeto enunciante.

Es evidente que ustedes no tenían manera de saber estos detalles, por lo cual se puede concluir que existen diferentes lecturas de una misma fotografía y que ésta va a estar determinada por la información (Barthes lo denomina *historia*) que cada uno posea sobre el hecho, en este caso, sujetos fotografiados. Sin duda alguna, una vez más, la subjetividad juega un papel preponderante, pues digamos que de algún modo el *punctum* es algo que yo agrego a la fotografía (resignificación), pero que, sin embargo, ya ha estado allí. Se puede considerar, incluso,

como una interpretación desde el sentir, donde confluyen los espacios simbólicos a modo de embragues de las realidades impostadas en la imagen, más aún, la imagen llega a constituir, por este acoplamiento referencial, la convalidación semiótica del acontecimiento representado y constituido en hecho sensible.

De hecho, la lectura de esa fotografía no agota su referencialidad, por el contrario, ella es detonante de renovadas referencias al momento de contextualizar la fotografía no sólo con lo establecido en ella, sino mediante los procesos de abordaje de la misma, pues el referente impostado gráficamente puede seguir siendo el mismo, pero al momento de recurrir sobre él las diferentes miradas, se pluraliza por todos los medios y sentidos.

Semióticamente se habla de instrumentos de detonación significativa que constantemente van a ofrecer posibilidades de interpretación, nunca agotables, más bien, sujetas a procesos de resignificación constituidos desde la pluralidad sensible. Entonces, esta pluralidad sensible hace de lo simplemente objetual, toda una galería simbólica para establecer puentes que permitan el tránsito simbólico hacia otros planos enunciativos.

De manera tal, se puede sostener la constitución de la imagen como un hecho primordial dotado de resignificaciones eminentemente subjetivas y simbólicas. En palabras de Belting (2007) “una imagen es más que un producto de la percepción. Se manifiesta como resultado de una simbolización personal o colectiva” (p.14). Entonces se podría considerar como una simbolización personal que se colectiviza, se masifica al momento de compartirse con terceros, más todavía por la vertiginosa dinámica de las redes sociales.

Ciertamente, *conocemos por imágenes*, pero va más allá, no solamente conocemos y nos identificamos; nos apropiamos de imágenes, las cargamos de significaciones nuevas y las almacenamos de esta manera en nuestra memoria; para que semióticamente la imagen funde la posibilidad para reconfigurar materia significativa a ser reconfigurada mediante las diversas posicionalidades enunciativas que generan las alternativas de significación; más adelante se constatará cómo estas imágenes serán evocadas por el proceso de la nostalgia.

Definitivamente, las imágenes se convierten en medios portadores de la pluralidad sensible y su rol de significativa, pues a través de ellas interpretamos el mundo, reconstruimos el mundo a través de los diversos cosmos; específicamente por medio del patémico. Veamos entonces la fotografía como hipertexto, es decir, el discurso ve condensada su materialización a través de ésta, generándose así un hipertexto productor de sentidos que no sólo muestra o narra un hecho determinado, sino se carga simbólicamente de sensaciones, traspasando fronteras para romper los límites espacio-temporales.

Además, en las fotografías a las que aquí hacemos referencia, el cuerpo siempre es protagonista, tomando en cuenta que el cuerpo en todo momento significa, y obviamente con la fotografía ello no varía; no es más que la contundencia de la noción de imagen como hipertexto o la corporeización de la imagen a manera de hecho simbólico y eminentemente trascendental dentro de un proceso comunicativo recíproco a distancia.

Es necesario recalcar que ocurren diversos hechos acarreados por el proceso de la diáspora, uno de ellos es la forma como se fortalecen vínculos a distancia, creándose puentes virtuales/comunicativos con el propósito de subsanar el hecho de la distancia física impuesta para constituir nuevos espacios de la significación. De este modo, los aparatos tecnológicos se vuelven extensiones del ser y potencian sentimientos a distancia, dotan de sensibilidad, subjetivizan, aún más, afianzando relaciones interpersonales. Volviéndose, de algún modo, una esperanza en medio del hastío y la desolación dejada por el migrante (y para éstos a su vez), al representar la oportunidad de resarcir distancias y procurar cercanías. Desde el punto de vista de la ontosemiótica¹ surge el sujeto

1 El sujeto virtual abordado a partir de la ontosemiótica, implica la transfiguración del enunciante sobre particularidades simbólicas que permiten, desde el punto de vista patémico referencial, la comprensión de la acción comunicativa como la mediación del sujeto y

virtual a manera de construcción simbólica para establecer plataformas de enunciación-significación y soportes para la acción comunicativa.

Una vez más, tiene lugar la incidencia de las «realidades virtuales» tan abordadas, en diferentes estudios, debido al auge que conllevan en esta era tecnológica y cada vez cobran mayor accesibilidad atendiendo a que los procesos comunicativos virtuales acrecientan con el paso del tiempo, ello se valida, todavía más, dentro de la semiosis migratoria, cuando un teléfono celular es el puente comunicativo entre familiares y amigos.

Evidenciándose, por otra parte, el hecho de tener con esta era tecnológica un aliado o andamiaje para el enlace entre personas a la distancia: las redes sociales. Vemos cómo cada vez más nuestra vida se liga indiscutiblemente al avance tecnológico; aunque no lo parezca, la tecnología se establece como vínculo, suerte de embrague entre el migrante y su mundo primordial. Generando así sujetos virtuales o entes vinculantes de la semiosis migratoria, sin duda, mediados por la nostalgia y sus relaciones de significación. Se asumen entonces las realidades virtuales a manera de posibilidades de construcción de hipertextos; hipertextualidad que lleva a la reconversión simbólica bajo el acoplamiento referencial.

Importante destacar la conversión del sujeto migrante en sujeto virtual para profundizar sobre el substancial campo semiótico a establecerse para hacer de las redes sociales escenarios patemizados que encarnan toda la recurrencia simbólica representada por momentos alternativos de significación que permiten el reencuentro, más allá de cualquier limitación geográfica. Para fundar de este modo la corporeización simbólica que encarna procesos comunicativos e intercambios de roles con la constitución de escenas virtuales, homologantes por demás, del sujeto devenido en iconografía sensibilizada.

Por lo que la tecnología representa la textualización del cuerpo bajo su recurrencia a manera de centro enunciativo de los campos virtuales, a manera de tejido semiótico/sensible, pues: “la virtualización del cuerpo que experimentamos hoy, al igual que la de las informaciones, los conocimientos, la economía y la sociedad es una nueva etapa en la aventura de la auto-creación que perpetúa nuestra especie” (Levy, 1998, p.19). De esta manera, lo virtual constituye el escenario donde el cuerpo interactúa de lo individual hacia lo colectivo para ensanchar las posibilidades de representación signica.

Sin duda alguna, las redes sociales hoy y cada día más, ganan usuarios alrededor del mundo y se hace imprescindible resaltar la irrupción de las mismas como escenarios para la convivencia entre lo cotidiano y lo doméstico para crear espacios híbridos de significación, es decir, se establece un vínculo simbólico-afectivo entre los espacios del trabajo, la calle (lo público) y espacios domésticos como la casa (lo íntimo).

En el caso concreto de las migraciones, ofrecen una ventana para los discursos alternativos que se van generando, como se señaló anteriormente, desde los espacios de la cotidianidad. Ahora no debemos atravesar todo el proceso de envío y recepción de una carta por medio del correo, ya sea por vía aérea o marítima; vivimos la sociedad de la inmediatez en la que un padre que se encuentra en Chile, (por mencionar algún país para ejemplificar) puede hacer una video-llamada con su hijo que se encuentra acá en Venezuela (o viceversa) y ambos enterarse en tiempo real qué actividad está realizando uno y otro. Se produce así esta amalgama de espacios o locaciones simbólicas dotadas de significación por parte de cada uno de los sujetos enunciantes, en un acto comunicativo bidireccional.

Siguiendo a Barthes, y retomando las categorías señaladas momentos antes, éste hace una diferenciación entre *studium* y *punctum* aseverando que el uno pertenece a la categoría del «*to like*», mientras el segundo perte-

nece a la categoría del «*to love*». En concatenación con las redes sociales, antes mencionadas, como característica importante a subrayar, es interesante ver que en la red social *facebook* existe una opción para indicar «*me gusta*» (*to like*) a una foto y otra para indicar «*me encanta*» (*to love*). Esto podría dar pie a un estudio más avanzado en dicha red social en función a los ejes de significación en las fotografías allí publicadas.

Mientras tanto, nos atendremos a sostener que dichas caracterizaciones develan sensaciones, obviamente subjetivas, en las que una fotografía puede suscitar cantidad de «*me gusta*» y apenas unos pocos «*me encanta*» porque quienes están reaccionando a ella no se encuentran vinculados emocionalmente al hecho fotográfico o al mensaje que dicha fotografía transmite; por el contrario cuando se está en presencia de muchos «*me encanta*» es porque la fotografía tuvo el poder de generar esa punzada en muchos más espectadores.

La nostalgia como proceso evocativo

De acuerdo con lo planteado hasta aquí, surge ahora la necesidad de introducir la nostalgia como isotopía y hecho vinculante, generador de significaciones dentro de la semiosis migratoria, conjuntando experiencias, permitiendo la resignificación y potenciación de hechos cotidianos para su posterior conversión en hechos trascendentes a partir de un proceso de desdoblamiento y mediación óptica entre el ser productor de la acción o discurso (convertido en hipertexto: caso de la fotografía) y el sujeto receptor.

En primer lugar, se determina la noción tratada de nostalgia; la RAE (2001) la define como “pena de verse ausente de la patria, o de los deudos o amigos. Tristeza melancólica originada por el recuerdo de dicha partida”; perfectamente se hace posible apropiarse de tal definición para efectos de este trabajo, sin embargo, es necesario insistir en el hecho de no circunscribir la nostalgia a un espacio de lo clínico, para verla como enfermedad (tal cual se llegó a considerar) ni como un estado de aflicción del ser, sino una forma de sublimación y apreciación de hechos pasados, barnizados por una luz vivificadora y ensoñada; trastocados, sin lugar a dudas, por tenues pinceladas evocativas.

La nostalgia, se asume como enfermedad en el momento en que se confunde con melancolía, ambos términos se han visto íntimamente ligados por su semejanza y paridad coincidiendo con un estado de abatimiento anímico. Sin embargo, a este respecto y desde el punto de vista patémico-actancial, se concibe la nostalgia como hecho deslindado del particular concepto científico inclinado hacia el daño físico o estado puramente fisiológico del individuo para convertirse en hecho trascendente que habita escenarios eminentemente simbólicos-subjetivos y se hace capaz de transfigurar los acontecimientos del ser, destacando lo sublime; en este caso, la sensibilidad del sujeto migrante ante la incertidumbre del futuro.

En este sentido, la nostalgia se configura en forma arquetípica de la memoria individual-colectiva a través de la cual podemos evidenciar el mundo sensible que habita dentro del sujeto desde su cotidianidad²; lugar de la manifestación patémica en total libertad y espontaneidad. Tal y como lo afirma Hernández (2013) “la nostalgia se transfigura en isotopía de la cotidianidad que redundando en práctica cultural significativa para posibilitar su articulación dentro del espacio semiótico de la intersubjetividad” (p.47). Esto no es más que la afirmación de todo lo fundamentado hasta este punto, ahora evidenciando la nostalgia concatenada a la transfiguración simbólica de hechos de la cotidianidad.

Se percibe entonces, la nostalgia no como dolor, sino como añoranza, evocación que se hace desde el

² Entendida ésta como la relación inmediata del ser con la realidad, su intimidad, y a su vez, su expresión pública.

sentimiento. En el caso del migrante (y también de sus allegados) se trata de evocar lo que no está (o a quien no está) desde la ensoñación, es decir, realizando un proceso de reconstrucción simbólica en el que el acto consciente de distiende, dando paso a recuerdos imaginales y añorados.

Ahora bien, se considera así a la nostalgia como hecho vinculante, en tanto que enriquece a la fotografía con una carga simbólica considerable, develando la subjetividad encubierta, a través de lo icónico (iconicidad migrante). Donde se manifiesta a su vez la dicotomía dolor-goce por medio del proceso de rememoración de hechos pasados que se reviven. Es entonces el recuerdo el modo de potenciación de la imagen fotográfica. Recuerdos almacenados en esa memoria cósmica indestructible: ensoñada, vivificadora y enriquecedora; hacedora a su vez del asidero inmanente del ser. De esta manera, por medio de la nostalgia se logra el proceso de evocación, no desde el dolor o la tristeza, necesariamente, sino como una manera o posibilidad de revivir hechos que han ocurrido.

Para concluir, se considera entonces al sujeto migrante como un ser padeciente y sintiente generador de sentidos y resignificaciones simbólicas en su propia cotidianidad; partiendo de la fotografía a manera de hecho narrativo capaz de transfigurar realidades simbólicas por medio de la corporeización referencial de un sujeto enunciante. Asumiendo la nostalgia, esa alegoría indescifrable, pero sin lugar a dudas presente, la cual permite la resignificación y reconfiguración de los hechos mediante un devenir patémico-simbólico, comprendiendo la plurivocidad cultural en la que se encuentran inmersos. Todo ello enmarcado en una iconicidad migrante bien delineada y trastocada por circunstancialidades múltiples que dotan de sensibilidad y cercanía las semiosis generadas a partir de una imagen corporeizada que comunica.

Se teje así, en torno a la iconicidad migrante, una red simbólica con el sujeto como centro originario de todas y cada una de las significaciones que convergen en ella. Símbolos reveladores de una realidad individual e intransferible. Porque, en palabras de Cassirer (1968), la realidad no es única y homogénea, es inmensamente diversificada. Es por ello que con todo lo planteado se trata de ofrecer ciertas consideraciones fundamentadas a través de un proceso semiótico con el cual se pretende evidenciar las manifestaciones patémicas desencadenadas por el hecho migratorio; apenas una visión de las disímiles propuestas posibles en función de ello.

Bibliografía

- BARTHES, R. (1990). *La cámara lúcida*. Nota sobre la fotografía. Barcelona: Paidós.
- BELTING, H. (2007). *Antropología de la imagen*. Buenos Aires: Katz editores.
- CASSIRER, E. (1967). *Antropología filosófica introducción a una filosofía de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CIRLOT, Juan-E. (1992). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Labor.
- CORTÁZAR, J. (1987). *Del exilio puede nacer un ágora*, en EXILIO Nostalgia y Creación. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (2001). España.
- FINOL, J. E. (2015). *La corposfera. Antro-Semióticas de las cartografías del cuerpo*. Ecuador: Ediciones Ciespal.
- HABERMAS, J. (1984). *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*. Madrid. Cátedra
- HERNÁNDEZ, L. J. (2013). *Hermenéutica y semiosis en la red intersubjetiva de la nostalgia*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- LÉVY, Pierre. (1998). *El cuadrivium ontológico: la virtualización, una de tantas transformaciones*. Paidós.
- LEZAMA, J. (1981). *Imagen y posibilidad*. La Habana: Letras Cubanas.
- RICOEUR, P. (2004). *Tiempo y Narración I*. México: Siglo XXI Editores.